

Este fenómeno es extremadamente grave. Aquí entra en juego la misma identidad de la celebración litúrgica. En efecto, identificar o confundir la oración personal, o la plegaria de un grupo (las únicas que pueden ser es-

pontáneas) con la Oración de la Iglesia como tal, significa, en el fondo, no haber comprendido ni lo que es la Iglesia, ni en qué consiste su oración. No se trata, evidentemente, de desvalorizar la oración personal ni la plegaria en grupo. Pero sí hay que afirmar con toda claridad que se trata de realidades distintas y que nunca puede reducirse la oración de la Iglesia a lo que sienten algunos de sus miembros.

Quizá la razón última de este fenómeno haya que buscarla en la deficiente formación litúrgica de quienes hoy protagonizan tales “creatividades”. Formados en otros tiempos, en vistas exclusivamente a la oración personal, no han sabido captar la teología renovada sobre la Iglesia y, por ello, en el ámbito de la oración no han logrado sobrepasar el “tú a tú” con Dios —importante, sin duda e imprescindible, pero diverso de lo que es la oración de la Iglesia como tal. Por ello, hoy, cuando se han “descongelado” algunos de los estratos históricos más periféricos de la liturgia (cf. Sac. Conc. n. 21) han caído en la peor de las decadencias: substituir la oración de la Iglesia por la oración personal, frecuentemente individualista a ultranza a la manera como lo fueron muchas de las “devociones” de las épocas más decadentes.

Nuestra revista en más de una ocasión se ha referido ya al fenómeno de esta “creatividad” salvaje que está amenazando en no pocos lugares el sentido mismo de la oración eclesial (1). Hoy, después que a este tema ha aludido ya en más de una ocasión el Papa Juan Pablo II, nos parece alocucionador y sugestivo traer el testimonio de un autor protestante —Max Thurian— que juzga la práctica litúrgica de nuestra Iglesia y la compara incluso con algunos usos de las comunidades “protestantes” —hoy podríamos decir “contestatarias” o “renovadoras” del siglo XVI— y confiesa que jamás el protagonismo (que tanto insistió —como lo hacen nuestros protagonistas de la “creatividad”— en los valores espirituales y “personalistas” de la liturgia contraponiéndolos a los “estructurales” de la gran Iglesia) fue tan lejos como muchas de nuestras comunidades. ¡Ojalá sus observaciones ayuden a pensar un poco a los que hoy tan inclinados se sienten a “superar” los libros litúrgicos de la Iglesia!

P.F.

---

(1) Cf., V. gr. *Insistiendo sobre la oración de los fieles*, sobre todo el n. 2 (Noviembre 1977); *La gran disciplina de la Iglesia* (noviembre 1978), etc.